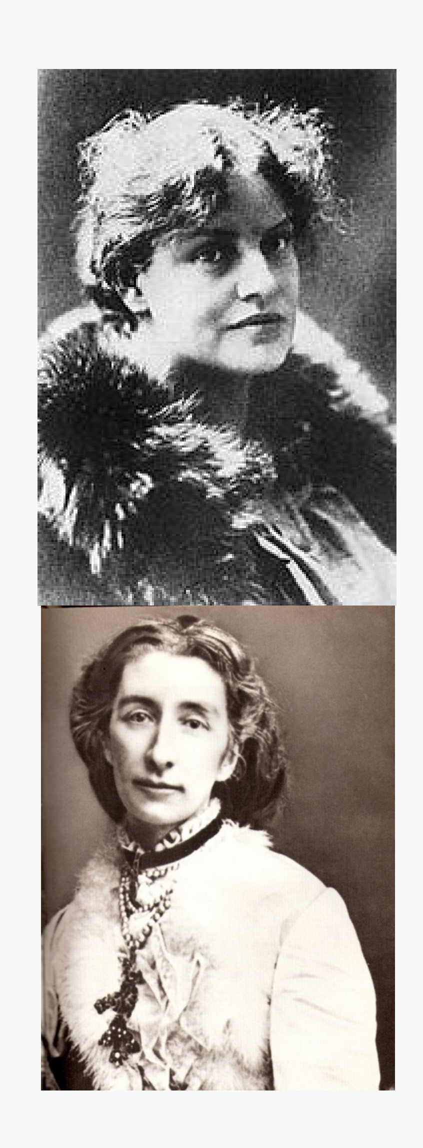
Los amores de Friedrich Nietzsche

Las relaciones del filósofo del martillo con el sexo opuesto





J. C. Ruiz Franco

http://www.jcruizfranco.es

Friedrich Nietzsche es uno de los filósofos más destacados e influyentes de la historia. Legó a la posteridad una extensa obra que ha dejado huella en numerosos pensadores y escuelas, a pesar de que en vida apenas fue conocido y de que prácticamente sólo le leyeron los amigos más cercanos a quienes enviaba ejemplares de sus obras, que él mismo se encargaba de editar y de costear su impresión. Fue sólo bien entrado el período en que vivió sin tener conciencia de sí mismo —desde su derrumbe mental, a comienzos de 1889, hasta su muerte, ocurrida en 1900— cuando sus ideas comenzaron a difundirse y sus méritos a reconocerse.

Pero en este escrito no vamos a ocuparnos de su pensamiento, que ha sido objeto de numerosos libros, algunos de ellos redactados por filósofos de reconocido prestigio como Jaspers, Heidegger o Foucault. Tampoco vamos a narrar toda su vida, dado que contamos con la insuperable biografía de Curt Paul Janz. Vamos a ocuparnos de un tema más mundano que puede servir para que el público que no conoce su filosofía entable su primer contacto con él: los amores que tuvo. Es bien sabido que en sus escritos se declaró claramente misógino en casi todas las ocasiones en que habló sobre las mujeres; por ejemplo: "Un hombre de verdad quiere dos cosas: el peligro y el juego. Por eso ama a la mujer: el más peligroso de los juegos" (Así habló Zaratustra). Es evidente que esta actitud, por muy injustificable que resulte, debe tener algún motivo, y éste debe hundir sus raíces en su vida. Dice Scharftein, en Los filósofos y su vidas, que las mujeres constituían un problema especial para Nietzsche, ya que estaba demasiado atado a ellas y demasiado resentido por su atadura a su madre y su hermana. Tratemos pues los amores de Friedrich Nietzsche, el enfant terrible, el anticristo, el hombre que filosofaba a martillazos.

Niñez, juventud y estudios

Sus padres fueron Carl Ludwig Nietzsche (1813-1849), pastor luterano y preceptor privado en el ducado alemán de Sajonia-Altenburgo en Turingia, y Franziska Öhler (1826-1897). Friedrich Nietzsche nació en Röcken, Alemania, el 15 de octubre de 1844. Su hermana Elisabeth nació en 1846, y su hermano Ludwig Joseph en 1848.

Tras la muerte del padre en 1849 y del hermano menor en 1850, la familia se trasladó a Naumburg, donde vivió con las hermanas solteras del padre.

El padre murió cuando el pequeño Friedrich sólo tenía cuatro años, y esa ausencia de la importante figura paterna probablemente se hizo notar durante toda su vida. La madre, Franziska, era extremadamente religiosa y amenazaba a sus hijos con castigos divinos si eran desobedientes. Es posible que su actitud —la propia de una mujer que se queda viuda con sólo veintitrés años y que reprime toda su sexualidad debido a su devoción religiosa— influyera en la visión negativa de la religión por parte de Nietzsche, y de hecho se ha publicado un libro sobre este ambiente perjudicial, *Nietzsche: La destrucción de la humanidad mediante el amor maternal* (sólo en alemán, no está traducido al castellano). La tía Rosalie también era muy religiosa, pero su actitud hacia el joven Friedrich era positiva, siempre le quiso mucho y le animó en su interés por la música. La tía Augusta era menos religiosa, pero parece haber influido menos en nuestro protagonista.



Nietzsche, con diecisiete años

El pequeño Friedrich ya desde niño llamaba la atención por su inteligencia, su cultura y su talante serio. Después de estudiar en una escuela privada, posteriormente en el Domgymnasium de Naumburgo, y después en el prestigioso internado de Pforta, donde se inició en los clásicos grecolatinos, comenzó la carrera de teología en la Universidad de Bonn en 1864. Sólo medio año después abandonó esta disciplina y se

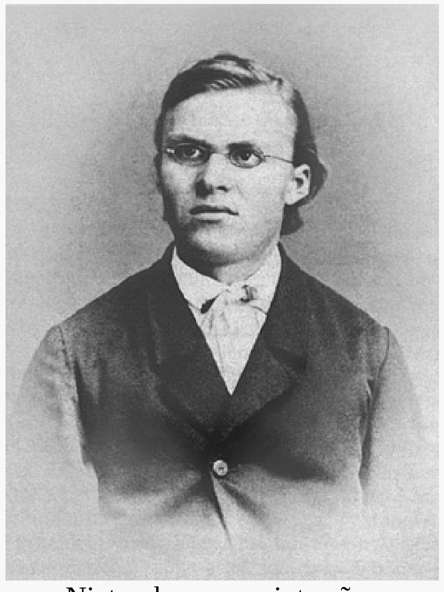
centró en la filología clásica, bajo la influencia del profesor Friedrich Ritschl. Un año después, éste se trasladó a la Universidad de Leipzig y Nietzsche siguió a quien entonces consideraba su maestro.

Aunque pronto destacó en los estudios filológicos y publicó sus primeros artículos, también comenzó a estudiar filosofía, empezando por Arthur Schopenhauer, quien fue para él toda una revelación, y Albert Lange. En 1867 decidió prestar un año de servicio militar voluntario, pero un accidente mientras montaba a caballo conllevó su baja y su regreso a la universidad, donde siguió brillando en el ámbito de la filología. Tan grande era su dominio de este campo del saber que Ritschl le recomendó para que la Universidad de Basilea le concediera una cátedra incluso antes de graduarse, y en 1869 la Universidad de Leipzig le concedió el doctorado sin tener que superar ningún examen ni escribir ninguna disertación. Ese mismo año comenzó su actividad docente en Basilea, que se prolongaría hasta 1879, con el inciso de un breve período en que decidió alistarse en el ejército prusiano para servir como camillero en la guerra que en los años de 1870 y 1871 enfrentó a Prusia con Francia. Durante la misma padeció difteria y disentería, enfermedades cuyas secuelas iban a contribuir a la mala salud que padecería durante toda su vida.

En 1868, cuando todavía era estudiante, conoció al compositor Richard Wagner y a su mujer Cósima, que influyeron enormemente en él y a quienes admiró en grado sumo. En 1872 publicó su primer libro, *El origen de la tragedia*, que no fue bien recibido por la comunidad académica, aunque sí por Wagner y su círculo. Esta relativa decepción marcó el inicio de su apartamiento de la filología y su dedicación plena a la filosofía. De hecho, intentó hacerse con una cátedra de filosofía en Basilea, pero no lo consiguió. A pesar de no poder ejercer profesionalmente la filosofía, ya todos sus escritos fueron en este campo. La publicación de sus *Consideraciones intempestivas* fueron bien recibidas por el círculo de Wagner, pero la inclinación de éste hacia el cristianismo, el nacionalismo y el antisemitismo le llevó a criticar a quien antes consideraba su maestro. La publicación de *Humano, demasiado humano* marcó el distanciamiento definitivo, ya que el libro fue considerado por Wagner como un insulto.

Además de ir rompiendo relaciones de amistad, su siempre débil salud fue empeorando con el paso del tiempo. Desde muy joven padeció problemas, que se vieron agravados con su accidente a caballo y las enfermedades que contrajo durante su participación en la guerra. Sufría espasmos gastrointestinales y fuertes jaquecas, además de una progresiva ceguera; al padecer sus males sin mujer ni amigos íntimos, contaba con el único consuelo de compartirlos con su hermana Elisabeth, unas veces en persona y otras por carta.

En 1879, después de diez años de actividad docente, tuvo que renunciar al cargo. Con una pequeña pensión que le quedó gracias a su paso por la universidad, inició una vida de solitarios viajes en busca del clima perfecto para su maltrecha salud, alojándose en modestas casas de huéspedes. Sus únicos compañeros eran sus libros, sus manuscritos, los innumerables frascos de medicinas y las cartas que escribía a sus parientes y conocidos. En 1881 publicó su libro *Aurora*, y en 1882 la primera parte de *La gaya ciencia*. Este fue el año en que, gracias a Malwida von Meysenbug, una vieja amiga del círculo de Wagner, conoció a Lou von Salomé.



Nietzsche, con veinte años

LAS MUJERES DE LA VIDA DE NIETZSCHE

La primera mujer

La primera relación de la que tenemos constancia es la que Nietzsche mantuvo con Anna Redtel, la hermana de un amigo, en 1863, cuando aún estudiaba en Pforta. Poco sabemos de la joven, excepto que despertó los celos de su hermana Elisabeth, cuyo instinto de posesión hacia su hermano fue perjudicial para éste en varios momentos de su vida.

Tres relaciones más bien fugaces

Continuamos con tres mujeres de las que apenas tenemos datos: Natalie Herzen, Mathilde Meier y una tal fräulein Köckert. Las tres fueron consideradas, en su momento, posibles candidatas a ser la mujer de Nietzsche. De Natalie Herzen sólo sabemos que el amigo Erwin Rohde se la recomendó especialmente como esposa y que era hermana de Olga Herzen, hija adoptiva de Malwida von Meysenbug, de quien hablaremos después. Fräulein Köckert era la hija de unos conocidos de Nietzsche que vivían en Ginebra, pero fue descartada porque a nuestro protagonista no le agradaban sus padres; ignoramos la razón.

En lo que respecta a Mathilde Meier, era natural de Mainz y conoció a Nietzsche en la colocación de la primera piedra de Bayreuth, en 1872. Le gustó mucho *El origen de la tragedia*, escribió frecuentemente a su autor para elogiar el libro y se interesó por Nietzsche tanto como para pedirle una fotografía suya. Mantuvieron contacto epistolar hasta 1878, pero él acabó cansándose de las largas y cargantes cartas que ella le escribía sobre Wagner y el ambiente cultural de Bayreuth (el santuario del compositor), precisamente cuando comenzaba a distanciarse de él. No obstante, Nietzsche fue muy educado con ella, según demuestra la correspondencia.

Sophie Ritschl

El joven Nietzsche sintió una profunda admiración por la esposa de su profesor Friedrich Ritschl, desde que los conoció en 1864. Siendo veinticuatro años mayor que nuestro protagonista, se trataba de la primera mujer madura que le ofrecía un modelo distinto al de su madre y sus tías. Ella le aconsejó como si fuera su madre y

compartían su afición a tocar el piano. Tuvieron una cálida relación epistolar, hasta que se enfrió en 1872, tras la publicación de *El origen de la tragedia*.

Rosalie Nielsen, una relación no deseada

De 1874, cuando se encuentra ultimando la segunda de sus *Consideraciones intempestivas*, data la relación de esta mujer con Nietzsche. Rosalie Nielsen, danesa, esposa separada de un oficial de marina, antigua partidaria del revolucionario y nacionalista italiano Mazzini, se declaró ferviente admiradora de nuestro filósofo y le escribió felicitándole después de haber leído *El origen de la tragedia*. Después de un breve intercambio epistolar logró un encuentro personal con él, pero la naturaleza había dispuesto que la citada señora fuera muy poco agraciada físicamente, además de cuidar poco su aspecto y su vestimenta y no importarle no ir aseada. A los pocos segundos de entrar nuestro protagonista en la habitación del hotel de Friburgo de Brisgovia donde se habían citado, salió corriendo de ella, visiblemente alterado, haciendo muchos gestos y gritando: "¡Monstruo, me has engañado!". Su amigo Franz Overbeck fue testigo de los hechos y se excusó ante Rosalie, pero unos días después ayudó a Nietzsche a evitar un segundo encuentro, cuando ella quiso volver a verle, sin importarle lo sucedido en el primero.

Emma Guerrieri, una relación exclusivamente epistolar

También por la misma época, Nietzsche tuvo una cordial relación, si bien sólo por correspondencia, con la marquesa italiana Emma Guerrieri, que se declaró su admiradora espiritual, dado que le había impresionado su libro *El origen de la tragedia* y conocía su fulgurante carrera académica.

Berta Rohr, primer intento de matrimonio

De esta mujer sabemos que formaba parte del círculo de amistades de Malwida von Meysenbug, que —según dicen— era especialmente bella y que estuvo presente durante las vacaciones de Nietzsche de verano del año 1873. En 1874, comunicó por carta a su hermana Elisabeth que estaba prácticamente decidido a casarse con la

joven, a quien había conocido el año anterior. Elisabeth, que toda su vida sintió celos de las relaciones de su hermano, mostró su oposición, a lo cual Nietzsche contestó que sólo se había tratado de una broma. Sin embargo, gracias a lo que escribió a un amigo sabemos que no era así.


El matrimonio Overbeck

Ida Overbeck, un amor fraternal

Nietzsche fue amigo de Franz Overbeck desde que éste fue nombrado, en 1870, profesor de teología de la Universidad de Basilea. En 1876 se casó con Ida, que inmediatamente se convirtió también en amiga de nuestro filósofo. Además de las frecuentes visitas que les hizo a lo largo de los años, tuvo con la pareja un importante intercambio epistolar. En sus cartas, Ida le aconsejaba sobre numerosos temas, especialmente su salud y el trato con otras mujeres.

Cósima Wagner, el amor platónico

Cósima, primero amante y después mujer de Wagner, fue el amor platónico de Nietzsche, su Ariadna. Nació en 1837, por lo que era siete años mayor que él y veinticuatro años menor que Wagner. Nietzsche se sentía fascinado por su belleza, por su personalidad y por ser la mujer del maestro, desde que la conoció en 1868; estaba enamorado de ella, a pesar de ser católica practicante. Ella se comportaba con él con actitud maternal y nunca le dio ninguna esperanza. Él, por su parte, nunca le

declaró su amor y en realidad se sentía inhibido ante su simple presencia. La ruptura de Nietzsche con Wagner, tras la publicación de *Humano, demasiado humano* fue doblemente dolorosa para nuestro filósofo, ya que significó no volver a ver a su amor imposible.

Algunos comentaristas afirman que Cósima estuvo interesada en Nietzsche sólo en la medida en que pudo ser útil para Wagner; de hecho, destruyó toda la correspondencia mantenida con él. En cambio, para Nietzsche fue una persona muy importante, hasta el extremo de que al principio de su período de demencia le escribió cartas de amor y decía a los doctores que era su mujer Cósima quien le había internado en el sanatorio psiquiátrico.



Cósima Wagner

Marie Baumgartner, un amor maternal, en principio

El 29 de marzo de 1874 Nietzsche fue invitado a la casa de los padres de su alumno Adolf Baumgartner, donde conoció a la madre de éste, Marie Baumgartner-Köchlin. Esta mujer había nacido en 1831, y era por tanto trece años mayor que Nietzsche. Era originaria de Alsacia, uno de los territorios en perpetua disputa entre Alemania y Francia; se sentía francesa y era crítica con Alemania, razón por la que le atraían los varapalos de nuestro protagonista a la cultura alemana.

Desde la primavera de 1874 Nietzsche la visitó a menudo en su casa de Lörrach. Le hizo conocer sus hábitos, sus proyectos y esperanzas. Ella le enviaba los poemas que escribía, si bien parece que él nunca los elogió. La señora Baumgartner actuó como una madre o una hermana mayor; aparece como una protectora incondicional, preocupada y llena de espíritu maternal, pero con ciertos toques de amor carnal hacia Nietzsche, tal como puede verse en sus cartas. Ciertamente, en su correspondencia se detecta algo más que una simple amistad. Aparte de la posible atracción física, lo que le unía a él era su cosmopolitismo, su refinada espiritualidad y su amor por la filosofía de Schopenhauer. Admiraba los escritos de Nietzsche y se ofreció a traducirlos al francés, comenzando por *Schopenhauer como educador*.

Se trata de una de las pocas relaciones en las que una mujer hizo objeto de su amor a nuestro filósofo. Pero estaba casada y con hijos, y a Nietzsche no se le ocurrió traspasar esos límites. Además, él aún vivía bajo la fascinación de Cósima Wagner, y la propia Marie lamentaba lo mucho que esa relación hacía sufrir a su amigo.

Las cartas que ella le escribía dejan bien claro su amor por él, a pesar de estar casada. Por ejemplo, en una de ellas revela que en cierta ocasión viajó a Basilea y paseó bajo las ventanas de la casa de Nietzsche sin atreverse a llamar a la puerta. Él se sentía un tanto abrumado por los sentimientos que Marie le expresaba y mantuvo un tono de educada cortesía, sin llegar a tomarse excesivas confianzas.

Después de dejar el puesto de profesor, Marie se sintió desolada por la marcha de su amigo, y después la separación en el espacio fue enfriando la relación, que se prolongó hasta 1883. La posterior evolución de Nietzsche conllevó el alejamiento espiritual, precisamente en los años en que él habría necesitado más sus cuidados. Además, el lamentable episodio de Lou Salomé —que relatamos más adelante— tuvo sin duda que ofenderla. Sobrevivió ocho años al derrumbe psíquico de Nietzsche (murió en 1897), pero parece que en todo ese tiempo no se interesó por su estado.

Mathilde Trampedach, la pianista letona

En 1876 Nietzsche conoció a Mathilde Trampedach, alumna de piano del maestro Hugo von Senger, a quien reverenciaba hasta la adoración. Procedía de Riga, pero se

había trasladado a Ginebra para estudiar con von Senger. Nació el 5 de junio de 1853 y era esbelta, de ojos verdes y cabello castaño claro.

Una mañana, en casa de Mathilde, la doncella anunció la llegada de su maestro junto a un desconocido, al que presentó como su amigo Friedrich Nietzsche; enseguida se sintió fascinada por la conversación que entablaron los dos hombres. Unos días después, una opinión de Mathilde sobre el carácter de los hombres atrajo la atención de Nietzsche. La libertad de espíritu y la espontaneidad de Mathilde le hicieron pensar en una persona que le ayudaría a liberarse de sus inhibiciones. La vio una tercera vez, cuando él acudió a su casa para despedirse porque pronto dejaría Ginebra; en esa ocasión aprovechó para tocar el piano para ella. Veinticuatro horas después la doncella le anunció que el señor von Senger le esperaba con una comunicación urgente: a la mañana siguiente recibiría un importante escrito de Nietzsche. En el escrito con fecha del 11 de abril, la joven, sorprendida, leyó que Nietzsche afirmaba que la amaba y que quería casarse con ella. La lógica respuesta fue negativa, y el motivo no declarado era que se sentía unida a von Senger, aunque éste tuviera dieciocho años más que ella (se casó con él un tiempo después). Nietzsche no podía conocer esta relación, pero no se sintió ofendido por la negativa. Contestó con una cordial carta en la que decía que comprendía su respuesta y en la que declaraba que esperaba mantener su amistad. En realidad, según varios comentaristas, esta proposición de matrimonio no pareció haberse realizado en serio.

Louise Ott, un amor imposible

En verano de 1876, en una de sus visitas a Bayreuth, el santuario de Wagner, Nietzsche conoció a Louise Ott (von Einbrod, de soltera), una mujer rubia y muy bella, nacida en Moscú y criada en Estrasburgo, que se dedicaba al canto.

Entre los asistentes al festival del compositor corrió el rumor de que el filósofo la veía como futura compañera para compartir la vida, y de hecho parecía que ambos se atraían mutuamente, hasta que él se enteró de que estaba casada con el banquero Alfred Ott y era madre de un niño de tres años, de nombre Marcel. Nietzsche se retrajo y todo quedó en una amistad epistolar, si bien bastante íntima. Es muy posible

que esta mujer le hubiera seguido de habérselo pedido seriamente, ya que en sus cartas se podía leer la fuerza de sus sentimientos hacia él: incluso le pedía que superara sus inhibiciones y se declarase. Con el tiempo nuestro filósofo fue tardando más en contestar las cartas; posteriormente dejó de escribirle durante cinco años, y después de otro breve contacto en el que él se mostraba formal y ella cálida, Nietzsche dejó que la relación se apagara. De nuevo, el pensador que más criticó la moral tradicional no quiso, no pudo o no supo derribar los prejuicios morales en su propia vida.

Louise era prima de Henri Lichtenberger, el responsable de la primera difusión de la filosofía de Nietzsche en Francia. En 1897, ella permitió a su primo publicar su correspondencia con Nietzsche —sin mencionar su propio nombre—, en respuesta a los artículos que hablaban sobre la misoginia de nuestro filósofo.



Malwida von Meysenbug

Malwida von Meysenbug, una segunda madre

Malwida von Meysenbug, autora y pionera del feminismo, participó en los movimientos revolucionarios de 1848, lo que le permitió tener contacto con la élite intelectual de la época. Nietzsche la conoció por mediación de Cósima (la mujer de Wagner) en la colocación de la primera piedra de Bayreuth, en 1872.

Había nacido el 28 de octubre de 1816, es decir, era veintiocho años mayor que nuestro filósofo. Después de que su prometido muriera, decidió no casarse, pero

deseaba tener un hijo, por lo que adoptó a Olga Herzen tras la muerte de la madre de ésta.
Malwida ejercía de madre con Nietzsche, le ayudaba y le invitaba a residir en su casa, y él se dejaba querer. Fue un fructífero encuentro entre generaciones y era una persona en quien podía confiar, una confianza que no tuvo con ninguna otra mujer, ni siquiera con su madre o su hermana.
Ella jamás renegó de su amistad con Nietzsche, aunque se fueran separando progresivamente debido a su evolución intelectual. Incluso cuando, antes de su derrumbamiento mental, él le escribía cartas groseras, ella se resistió a perderle como amigo.

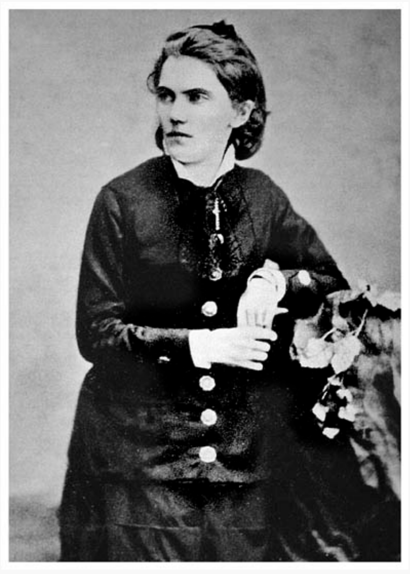
Resa von Schimhofer

Nació en Krems, Austria, y estudió en la Universidad de Zurich. Formó parte del círculo de Malwida, y ésta hizo todo lo posible porque coincidiera con Nietzsche, con quien pasó una temporada en Niza. En su relato de su relación con nuestro filósofo (a instancias de Elisabeth), narra sus largas conversaciones con él y describe su aspecto y su estado de salud. Su relación con Nietzsche se limitó a una buena amistad, durante la cual ella le alegraba con su personalidad extrovertida. Según parece, Nietzsche nunca pensó en casarse con ella porque no la encontraba atractiva.

Meta von Salis

La suiza Meta von Salis fue historiadora, pionera del feminismo y la primera mujer de ese país en recibir un doctorado universitario. Conoció a Nietzsche y a la madre y la hermana de éste, y tuvo largas conversaciones con él durante una estancia en Sils Maria, en 1887. Su relación con nuestro protagonista fue principalmente por correspondencia y parece haberse limitado al ámbito de lo puramente intelectual, si bien ella siempre se declaró como una fiel amiga suya.
Era de origen noble y tenía una fortuna considerable, gracias a ser hija única. Ayudó a Nietzsche económicamente para publicar sus obras y compró la casa de Weimar donde Elisabeth se estableció con su hermano en 1897, ya demente, después de la

muerte de la madre, Franziska. Después de romper su relación con Elisabeth por diferencias respecto a los escritos de Nietzsche, vendió la casa y aquélla consiguió hacerse con la propiedad un tiempo después. Escribió un libro sobre nuestro protagonista, *Filósofo y caballero* (no hay versión en castellano).



Meta von Salis

LOU SALOMÉ, UNA MUJER TREMENDA

La vida de Lou

Y por fin llegamos a la mujer que más huella dejó en la personalidad y la evolución de Nietzsche, tanto en lo positivo como en lo negativo. Lou Salomé nació en San Petersburgo, Rusia, el 12 de febrero de 1861. Su padre, Gustav von Salomé (1804-1879), provenía de una familia de hugonotes (protestantes) que huyeron de Francia tras la revolución y que se instalaron en primer lugar en Alemania y después a orillas del Mar Báltico. Cuando tenía seis años le llevaron a San Petersburgo para recibir educación militar, bajo el reinado de Alejandro I, y en 1830, por sus méritos durante el levantamiento polaco, el zar Nicolás I le concedió la nobleza hereditaria rusa. Llegó a general, posteriormente pasó al servicio civil y ocupó cargos de responsabilidad, como por ejemplo consejero de estado.

La madre de Lou, Louise Wilm Duve (1823-1913), nació en San Petersburgo. Educada al estilo tradicional, aceptó su posición de esposa de un alto cargo. Los

amigos de su círculo la llamaban “la generala” y fue muy estricta en la educación de sus hijos; tuvieron seis, dos de los cuales fallecieron siendo muy pequeños. Lou creció en un ambiente militar y religioso, una atmósfera familiar de gran seguridad, por la posición social que ocupaban y por la autoridad paterna. Ese ambiente pudo favorecer que mantuviera siempre esa confianza en sí misma y en su propia vida. Era también un entorno en el que no era habitual expresar los propios sentimientos, lo cual sin duda tuvo que influir en su carácter.

Cuando Lou nació, su padre tenía cincuenta y siete años. Esa edad y el hecho de ser la única hija entre tantos varones, permitió que fuese su preferida. Lou le idealizó, ya que era él quien le daba más cariño, mientras que la madre, por su educación, no se lo demostraba. Todo esto le permitió desenvolverse siempre entre hombres con gran confianza.

Su padre se ocupó de que recibiera una formación poco frecuente para una joven de su época. Con diecisiete años comenzó su preparación para la confirmación con Hermann Dalton, predicador, teólogo y pastor titular de la parroquia luterana alemana en San Petersburgo. Ese sacramento era muy importante porque se consideraba la iniciación a la vida adulta; pero Dalton era un teólogo demasiado dogmático para una Lou llena de preguntas, así que la joven pronto mostró su deseo de abandonar los cursos. Dalton la convenció para que siguiera y no disgustara a su padre, pero en este momento una prima le habló de Hendrick Gillot, predicador protestante de la embajada holandesa de San Petersburgo, que no estaba sometido a ninguna de las jerarquías protestantes reformadas. Lou fue a escucharle y se enamoró de él; para ella representaba una nueva forma de entender la religión. Se sintió entusiasmada y decidió estudiar en secreto con él.

Pocos después, en febrero de 1879, murió su padre y abandonó definitivamente las clases con Dalton. Gillot enseñó a Lou la búsqueda de la libertad intelectual; gracias a él abandonó todas sus fantasías y se centró en lo racional, posición que mantendría toda su vida. El problema fue que el interés del clérigo por la alumna se transformó en amor, y un día, mientras estaban en su gabinete, la abrazó, le declaró sus sentimientos y le pidió que se casara con él. La respuesta de Lou fue salir

inmediatamente de la casa, a la espera de reflexionar sobre el suceso. Gillot tenía cuarenta y tres años y Lou dieciocho; estaba casado y tenía dos hijas de la edad de ella. Además, Lou no se sentía lo bastante madura para el matrimonio. Gillot fue el primer hombre en caer en el error de creer que esa chica sería fácil de enamorar; para él fue un duro golpe, sobre todo porque era muy orgulloso.

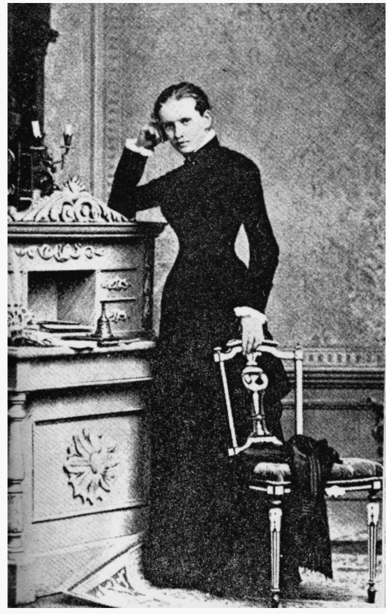


Hendrick Gillot

Lou decidió que no debería ver más a Gillot después de lo que había sucedido, por lo que pensó en marcharse de Rusia y seguir sus estudios en el extranjero. Escogió la Universidad de Zurich, uno de los centros de estudios superiores que en 1880 admitían mujeres. Además, allí podría estudiar con Alois Biedermann, uno de los teólogos protestantes más destacados. Gillot se sorprendió de la decisión, pero no tuvo más remedio que aceptarla. La familia de Lou se opuso, sobre todo la madre: no sólo el hecho de querer estudiar, sino también hacerlo en el extranjero. Pero Lou les convenció, aparte de la ventaja de apartarla de un hombre al que consideraban peligroso. Surgió el problema de que, al no estar confirmada, no podía tener pasaporte. Gillot propuso que acudieran a Holanda, donde la confirmaría él mismo en la iglesia de un amigo. El sacerdote tenía la potestad de elegir cuál iba a ser el nombre del confirmado, y como Gillot tenía dificultades para pronunciar “Liola” en ruso, la llamó “Lou”, que a partir de entonces debía ser su nombre.

La madre no quería que viajara sola, y dado que no había disponible ninguna señora de compañía, la acompañó ella misma. En septiembre de 1880 llegaron a Zurich; ella tenía entonces diecinueve años. La sobriedad de la ciudad gustó mucho a la generala; decidió que era mejor que Viena o París.

Lou estudiaba con gran intensidad y no le quedaba tiempo para otras ocupaciones. De esta época es ese retrato en que aparece de pie, junto a una mesa, vestida con un traje negro, ajustado, abrochado hasta arriba; su "vestidito de monja", lo llamaba ella. Todos los que la conocieron advirtieron la energía de su intelecto y la fuerza con que se dedicaba al estudio. Era admirada y temida; muchos la encontraban demasiado independiente, la consideraban egocéntrica y le reprochaban su indiferencia por los sentimientos que despertaba en los demás.



Lou Salomé, con diecinueve años

Lou en Roma. Conoce a Rée y a Nietzche

Ya antes de viajar había tenido problemas de salud y ahora se hicieron más frecuentes los desmayos que sufría. Estaba pálida y empezó a escupir sangre. La madre la llevó a varios balnearios, pero los cuidados no surtieron efecto. Finalmente, le aconsejaron un cambio de clima, que se trasladaran más al sur. En enero de 1882 se mudaron a Roma para permanecer allí algún tiempo. Cuando el profesor de Historia del Arte Gottfried Kinkel se enteró de que Lou se marchaba a Roma, le dio una carta de

presentación para su antigua amiga Malwida von Meysenbug, una de las grandes figuras del feminismo alemán que entonces tenía unos sesenta y cinco años. Había luchado en la revolución de 1848 al lado de los socialistas y conocía a la élite intelectual de la época: Wagner, Garibaldi, Mazzini. Tenía amigos y admiradores en todos los países. Siempre sintió una profunda simpatía hacia nuestro filósofo y, cuando se puso enfermo y sufrió sus horribles jaquecas, le invitó a Italia, donde ella podría atenderle. Nietzsche aceptó y se llevó a dos amigos, uno de ellos el filósofo Paul Rée. Durante el invierno de 1876, Malwida y sus tres protegidos ocuparon una hermosa casa en Sorrento, desde donde se veía el golfo de Nápoles.

Lou estaba impaciente por conocer a esa mujer extraordinaria; igual que ella, había tenido que luchar contra los prejuicios de su familia. Al poco de llegar a Roma se presentó en su casa y Malwida la trató como si fuera su propia hija. Pensaba que era como ella de joven, pero se equivocaba porque la vieja dama sólo perseguía sus propios intereses cuando con ello no perjudicaba a nadie; en cambio, Lou, egocéntrica por naturaleza, vivía su vida sin reparar en las consecuencias de su conducta para otras personas.

Una tarde de marzo de 1882, llegó a casa de Malwida Paul Rée, otro pensador a quien quería como a un hijo. Debía devolver a un camarero de Montecarlo el dinero que le había prestado para el viaje, ya que jugando lo había perdido todo; Malwida pagó la deuda y recibió con alegría al joven, hijo de un rico hacendado prusiano, simpático, noble y modesto. Tenía un rostro blando y redondo, lo cual le hacía parecer un tanto grueso, rasgo que se acentuaba por ser robusto de cuerpo. Su aspecto era triste incluso cuando se encontraba alegre y tranquilo. Era judío y sentía un odio violento hacia sus orígenes y hacia sí mismo; era tremendamente inseguro, le repugnaba su aspecto físico y nunca accedía a dejarse fotografiar. Se ocupaba del ámbito de lo moral y llegó a la conclusión de que nuestras ideas sobre el bien y el mal eran producto de la cultura, no de la naturaleza. El sentimiento moral innato no existía. Dios era una ilusión. También el hombre y la tierra eran ilusiones, productos del espíritu. El objeto no existía: todo ente objetivo resultaba ser subjetivo. No había nada detrás del mundo aparente, no había una cosa en sí. Llegó a la conclusión de que

la vida carecía de valor, lo cual coincidía con su propia personalidad. Se dice que siempre llevaba encima un poco de veneno, por si alguna vez la existencia se le hacía imposible y tenía que poner fin a su vida.

Lou se sintió contenta de descubrir una cara nueva entre los ilustres visitantes. Al despedirse, Paul se ofreció a acompañar a Lou y en el camino descubrieron que tenían mucho que decirse y muchas cosas en común. Se citaron para el día siguiente al anochecer, sin decir nada a Malwida ni a la madre de Lou. Se vieron con frecuencia, y sin duda Lou debió advertir que Rée se estaba enamorando de ella, si bien no le animaba, sino que le dio a entender que para ella el amor se había terminado con Gillot. Sin embargo, le gustaban las atenciones que le prestaba Paul. Éste no pudo soportar tener a Lou tan cerca y que no fuera suya y, dado que ella no podía amarle, la única salida era dejarla. Le contó todo a Malwida, con gran enfado por parte de la joven. Malwida se lo dijo a la madre de Lou, quien amenazó con llevarla de vuelta a Rusia.



Paul Rée

Lou no creía haber hecho nada malo; no tenía la culpa de que Paul se hubiera enamorado de ella. Quería conservarlo como amigo, pero para él no era posible; tenía que fugarse. Cuando Lou se enteró, le llamó cobarde y le contó un sueño en que ella compartía una casa con dos amigos y los tres vivían y trabajaban en perfecta armonía.

> Con honradez, lo que me convenció de manera más inmediata de que mi plan, que era una afrenta a las costumbres sociales entonces vigentes, era realizable, fue ante todo un simple sueño nocturno. En él vi un cuarto de trabajo agradable, lleno de libros y de flores, flanqueado por dos dormitorios y, yendo y viniendo entre ambos, nosotros, camaradas de trabajo formando un círculo alegre y serio

Paul lo creyó posible, siempre que el tercer miembro fuera un hombre maduro o una mujer con experiencia en la vida. No podía ser Malwida, quien se había mostrado escandalizada por la conducta de Lou, así que pensó en su amigo Nietzsche, que entonces se encontraba en Génova. Se conocían desde que en 1873 Rée había asistido a un curso que Nietzsche impartía sobre los filósofos presocráticos, en la Universidad de Basilea.

Así pues, Rée, al poco de llegar a Roma, escribió a Nietzsche y le habló de la joven rusa que acababa de conocer. En la respuesta, Nietzsche mencionaba un posible matrimonio con Lou, lo cual es difícil de entender a no ser que Paul, que era propenso a la ironía, le hubiera sugerido casarse con ella por hacer una broma y Nietzsche lo hubiera tomado en serio.

> Salude usted a esa rusa de mi parte, si es que ello tiene algún sentido. Particularmente, estoy ávido de ese tipo de almas. Así que hasta es muy posible que lo primero que haga sea salir a cazarla, pues, considerando todo lo que deseo hacer durante los diez próximos años, la necesito.

También Malwida escribió a Nietzsche para recomendarle a la joven. Por su parte, Lou se había informado bien sobre el filósofo en las largas conversaciones con Rée y deseaba conocerle. Además, Paul le señaló como el más adecuado para su *menage a trois* intelectual con el que tanto soñaba Lou. Si Nietzsche se unía, era posible que la madre de Lou consintiera en el proyecto.

El gran pensador hacía años que se encontraba prácticamente aislado, con sólo unas cuantas amistades, desde que rompió con el círculo de Wagner. El opio y el cloral eran sus mejores compañeros, por lo que Rée sabía que estaría deseoso de unirse a ellos. Nietzsche había salido de Génova para dirigirse a Mesina, Sicilia, en busca de calor, pero pronto se dio cuenta de que era demasiado para él: cuando soplaba el siroco, el ambiente era insoportable. Por ello, partió para Roma, en busca de Lou y Paul. Éstos pasaban muchas horas en la Basílica de San Pedro, donde él había descubierto un confesionario en el que podía escribir tranquilamente, sin que nadie le molestara. Malwida recibió a Nietzsche y le dijo dónde podía encontrar a la pareja, así que un día apareció de improviso. Se fue hacia Lou, le tendió la mano, hizo una reverencia y le dijo: "¿Desde qué estrellas hemos caído para venir a encontrarnos aquí?". Lou no supo si la solemnidad era real o fingida, pero pronto entablaron conversación.

A los pocos días, Nietzsche pidió a Rée que dijera a Lou que deseaba casarse con ella. Según él, era la forma más segura para conseguir que su madre la dejara estudiar con ellos. Lou se enfadó al conocer la proposición, pero Paul le dijo que sería más adecuado tratar con tacto a su amigo, así que rechazó la propuesta aludiendo a que perdería su pensión al casarse y que dependería económicamente de su marido; por cierto, Nietzsche no cobraba demasiado y no se podía permitir ese lujo. Éste transigió, pero no pensaba renunciar a ella y tuvo la idea de pasar unas semanas los dos a solas para convencerla, siempre que contara con una dama de compañía para salvar las apariencias; para ello, nadie mejor que su propia hermana, por lo que le escribió una carta para hablarle de la chica, en el tono más neutro posible. Pero Elisabeth pronto adivinó las intenciones de su hermana, vio en Lou a una rival y se decidió a averiguar quién era aquella muchacha.

> Nuestra amiga ha encontrado de veras alguien que me ayude, pero no es un "joven entusiasta", no es en absoluto ningún joven, sino una joven. Para hablarte con sinceridad, yo habría preferido un joven de carácter serio, y

> todavía más, un hombre de mi edad, es decir, no un imberbe, pero el caso es insólito.
>
> Malwida von Meysenbug y el Dr. Rée me han estado bombardeando con cartas y exhortaciones, diciéndome que tenía que venir a Roma, que habían encontrado una muchacha joven nacida para mi filosofía; ella y Rée querían ayudarme en todas las cosas posibles (…)
>
> ¿No podrías tú ir a Suiza e invitarla allí? Malwida me lo ha propuesto (…) La chica tiene veinticuatro años y no es nada guapa; como todas las muchachas que no son hermosas, se ha esforzado, empero, en cultivar su espíritu, a fin de hacerse atractiva.

Cuenta Lou en sus memorias sobre estos primeros días con Nietzsche:

> En Roma, por lo pronto, ocurrió algo que sopló a favor nuestro: fue la llegada de Friedrich Nietzsche a nuestro circulo, puesto al corriente por carta por sus amigos Malwida y Paul Rée, y que inesperadamente vino desde Mesina a compartir nuestra compañía. Pero sucedió algo aún más inesperado: y es que apenas supo del plan de Paul Rée y mío, Nietzsche se convirtió en el tercero en el pacto. Incluso quedó fijado el lugar de nuestra futura trinidad: iba a ser París (originalmente Viena), donde tanto Paul Rée como yo, él desde antes y yo por St. Petersburgo, estábamos relacionados con Iván Turgueniev. Esto tranquilizo un poco a Malwida, porque allí nos veía protegidos por sus hijas adoptivas Olga Monod y Natalie Herzen; la segunda mantenía además una pequeña tertulia, donde leía cosa bellas rodeada de muchachas jóvenes. Pero lo que más le habría gustado a Malwida habría sido que la señora Rée hubiese acompañado a su hijo y la señorita Nietzsche a su hermano.
>
> Nuestras bromas eran alegres e inofensivas, ya que todos queríamos mucho a Malwida, y Nietzsche estaba a menudo en un estado tal de agitación que pasaba a segundo término su manera de ser más comedida, o dicho más exactamente, algo solemne. Esta solemnidad la recuerdo ya desde nuestro

> primer encuentro, que tuvo lugar en la Iglesia de San Pedro, donde Paul Rée se entregaba a sus notas de trabajo con ardor y devoción, en un confesionario orientado de manera especialmente favorable hacia la luz, y en donde por eso había citado a Nietzsche. Su primer saludo al mío fueron las palabras: "¿Desde qué estrella hemos venido a caer aquí, uno frente a otro?". Lo que tan bien comenzara sufrió sin embargo posteriormente un giro diferente que nos hizo pasar, a Paul Rée y a mí, nuevas preocupaciones por nuestro plan, en la medida en que éste se vio incalculablemente complicado por un tercero. Por cierto que Nietzsche lo veía más bien como una simplificación de la situación: hizo que Rée hiciese valer ante mí sus buenos oficios para una proposición de matrimonio. Profundamente preocupados, nos pusimos a pensar cuál sería la mejor manera de solucionarlo sin poner en peligro nuestra trinidad. Se acordó explicarle claramente a Nietzsche, antes que nada, mi fundamental aversión hacia el matrimonio en general, pero además también la circunstancia de que yo viví sólo de la pensión de viuda de general, y que la casarme perdería mi propia pequeña pensión, que le estaba concedida a las hijas únicas de la nobleza rusa.

Por su parte, Rée buscó el apoyo de su propia madre para convencer a la madre de Lou. Las dos Salomé salieron de Roma para dirigirse a Milán, pero, por sugerencia de Nietzsche, decidieron hacer una excursión al lago de Orta, en el norte de Italia. Allí esperaba hablar a solas con la joven. El lugar incluye una colina de cien metros de altura que se llama Montesacro por las numerosas capillas que tiene, y desde arriba se puede contemplar el hermoso lago. A Rée, como buen positivista, no le gustaba el ambiente, pero Lou y Nietzsche estaban encantados, por lo que decidieron subir al monte, mientras que la madre y Paul dijeron que les esperarían en la orilla. Por primera vez Nietzsche se quedaba a solas con Lou. Nadie sabe lo que sucedió en ese paseo, pero tuvo que ocurrir algo, por todos los malentendidos posteriores. La pareja, en lugar de regresar enseguida, pasó varias horas en el lugar, y él quedó maravillado

y convencido de que Lou le quería. Posiblemente le besó, ya que ella, muchos años después, contestó que no sabía si le había besado o no. Nietzsche siempre se refirió al episodio como el sueño más maravilloso de su vida, y cuando posteriormente ella se mostró más retraída él contestaba que esa no era la Lou de Orta. Por supuesto, el relato que hace Lou de aquel episodio es mucho menos apasionado:

> Luego juntos, hicimos estación por el camino, por ejemplo en Orta, en los lagos del norte de Italia, donde el Monte Sacro, situado en las cercanías, parece que nos cautivó; al menos hubo un mal humor de mi madre ajeno a nuestras intenciones, al habernos demorado Nietzsche y yo, más de la cuenta en el Monte Sacro y no haber regresado puntuales a recogerla, cosa que también anotó con bastante enojo Paul Rée, quien le había hecho compañía.



Lago de Orta

Al volver junto a la señora von Salomé y Rée, era evidente que Nietzsche se encontraba en un estado de viva excitación. Cuando, unos días después, Nietzsche se separó del grupo, Paul le recriminó a Lou su conducta y la previno de la posible proposición matrimonial por parte de su amigo. Ella acordó verse con Nietzsche en Lucerna, y allí él le pidió solemnemente que fuera su esposa. Lou le contestó que no tenía intención de casarse, que quería permanecer libre y le explicó sus proyectos: debían seguir siendo amigos los tres y hacer vida de estudiantes en común. Él accedió disimulando su desilusión y le pareció bien el proyecto de la joven. Tal vez pensara

que era mejor compartirla que perderla del todo. Al volver con Rée, Nietzsche propuso que se hicieran una fotografía para celebrar su "trinidad". Acudieron a casa de Jules Bonnet, uno de los fotógrafos suizos más famosos. Rée protestó porque no le gustaba dejarse retratar, pero sus dos compañeros insistieron: había que dejar constancia de su amistad en una fotografía. Nietzsche dispuso el ambiente de la fotografía: Lou se subió a un carrito, arrodillada en él, y Nietzsche y Rée sujetaron en sus brazos las cuerdas del carro, como tirando de él. Además, cogió un bastón, le ató un cordel y una flor de saúco y Lou ya dispuso de la fusta para atizar a los caballos, o más bien el látigo para dominar a sus dos hombres. En la fotografía, Lou mira a la cámara con gesto dominante mientras blande su látigo; Rée muestra cara de resignación y mira hacia un lado; Nietzsche mira hacia arriba, como extasiado. La foto fue objeto de muchos comentarios, y algunos, como por ejemplo Malwida, se mostraron indignados.



Lou, Rée y Nietzsche

Cuanta Lou sobre estos episodios, en sus memorias:

> Cuando salimos de Roma, el asunto parecía liquidado; además en los últimos tiempos Nietzsche venía sufriendo con mayor frecuencia de sus "ataques", la enfermedad que le había obligado en su día a abandonar la cátedra de Basilea, y que se manifestaba como una jaqueca terriblemente

> fuerte; por tal motivo, Paul Rée se quedó con él todavía un tiempo en Roma, mientras que mi madre -según creo recordar- tuvo por más conveniente partir conmigo primero, de manera que sólo durante el viaje volvimos a reunirnos todos (…) Luego que abandonamos Italia, Nietzsche hizo una escapada a casa de los Overbeck, en Basilea, pero desde allí volvió a reunirse con nosotros en Lucerna, porque los buenos oficios romanos de Paul Rée en su favor le parecían insuficientes y quería conversar el asunto personalmente conmigo, cosa que ocurrió en el Löwengarter de Lucerna.
>
> Al mismo tiempo, Nietzsche se empeñó en hacer la fotografía de nosotros tres, a pesar de las violentas protestas de Paul Rée, que conservó toda su vida un terror enfermizo a la reproducción de su rostro. Nietzsche en plena euforia, no sólo insistió en hacerla, sino que se ocupó, personalmente y con celo, de la preparación de los detalles, como la pequeña carreta (¡que resultó demasiado pequeña!), o incluso en la cursilería del ramo de lilas en la fusta, etcétera.

Poco después, otra vez a solas Lou y Nietzsche, visitaron la antigua casa de Wagner en Lucerna. Él le habló sobre su antigua relación cordial con quien un día consideró su maestro. Lou vio lágrimas en sus ojos, y tal vez por ello cedió a su proposición de pasar con él unas semanas en Tautenburg, haciendo Elisabeth de dama de compañía. Nietzsche insistía en su propósito de conquistar a Lou, pero no sabía que ella y Rée tenían cada vez más intimidad.

La madre y el hermano de Lou intentaron convencerla de que volviera a Rusia, pero accedieron a que visitara la casa de la familia de Rée en Stibbe, donde estaría bajo la tutela de la madre de éste. Allí pasaría el verano. Nietzsche se informó por medio del mismo Paul, se enojó ante el pensamiento de que la joven prefería a quien se había convertido en su rival e intentó ver a Lou antes de que partiera, pero no pudo encontrarla.

> Mi querida amiga, desde hace media hora estoy melancólico, y desde hace media hora me pregunto por qué. Y no encuentro otra razón que esa apreciable carta de usted en la que me comunica que no nos veremos en Berlín. Pero ahora verá quién soy yo: mañana por la mañana, a las 11:40, estaré en Berlin, estacion de Anhalt. Mi intención es conseguir que en unas semanas me sea lícito acompañarla a Bayreuth, siempre, claro está, que no encuentre usted mejor compañía. ¡A esto se le llama decidirse de inmediato!

A pesar del momentáneo fracaso, Nietzsche insistía en que Lou pasara una temporada con él, para estudiar juntos. Decía en una carta que le escribió unos días después:

> Me gustaría tanto que pronto pudiera trabajar y estudiar un poco con usted, he preparado cosas hermosas... regiones en las que aún hay fuentes por descubrir, a condición de que sus ojos quieran descubrir justo ahí dichas fuentes. (...) Usted sabe que deseo ser su maestro, su guía en el camino de la producción científica.

La relación de Lou con Nietzsche

Malwida intercedió en su favor para convencer a Lou de que pasara unas semanas con él. Por otra parte, la vieja dama se oponía al proyecto de vida en común de los tres, no sólo porque era una afrenta contra las buenas costumbres, sino porque sería catastrófico para los sentimientos de Nietzsche. Mientras Lou se encontraba en Stibbe con Rée, Elisabeth le escribió para invitarla. Se encontró muy a gusto con la familia Rée y se estrechó su amistad con Paul. Aceptó la invitación de Nietzsche porque le atraía su pensamiento, si bien no le importaban los sentimientos de él. Uno de los rasgos fundamentales de su carácter siempre fue la indiferencia ante los sentimientos que despertaba en los demás. Nuestro protagonista se sintió entusiasmado cuando Lou aceptó finalmente su invitación:

> ¡Ahora el cielo está claro por encima de mí! Ayer al mediodía me parecía que fuera mi cumpleaños: usted envió su consentimiento, el mayor regalo

que alguien hubiese podido hacerme ahora... Mi hermana mandó cerezas, Taubner envió los primeros tres pliegos de galeradas de *La gaya ciencia*; y, por si fuera poco, la ultimísima parte del manuscrito está terminada definitivamente y, con ella, la obra de seis años (...) Cada vez que pienso en todo eso me conmuevo y enternezco e ignoro cómo pude conseguirlo: compasión por mí mismo y un sentimiento de victoria me embargan por entero. Pues se trata de una victoria, y absoluta; e incluso he recuperado la salud de mi cuerpo, no sé cómo, y todo el mundo me dice que parezco más joven que nunca. ¡El Cielo me guarde de necedades! Pero, a partir de ahora, en lo que usted me aconseje, estaré bien aconsejado y no tengo ya nada que temer.



Elisabeth Nietzsche

Lou y Elisabeth se encontraron en Bayreuth, el santuario de Wagner, en la presentación de *Parsifal*, en verano de 1882. Eran dos mujeres muy distintas, prácticamente opuestas, y el choque era inevitable. Elisabeth era una persona conservadora y defensora de las costumbres burguesas. Tenía treinta y seis años y seguía siendo soltera, a pesar de su atractivo físico. Al estar Malwida en Bayreuth, presentó a Lou al círculo íntimo de Wagner, mientras Elisabeth se mantenía apartada por la disputa de su hermano con el compositor; le parecía un insulto que la joven

tratara tan cordialmente a los enemigos de su hermano. Además, cuando fue a la estación a despedir a Bernard Förster, con quien se casaría años después, al ver partir el tren pudo contemplar cómo Lou entraba en el mismo compartimento y entablaba una animada conversación con su buen amigo. Desde entonces a Elisabeth no le quedó la menor duda de que Lou era un peligro. Cuando poco después las dos se volvieron a ver, pudo decir a Lou lo que pensaba de ella. Ésta le contestó con dureza, replicando que a ella no le importaban las malas relaciones de Nietzsche con Wagner; no era su problema. Siguió diciendo que no quería nada con su hermano, sino que toda la iniciativa había partido de él. Después de esto, decidieron hacer las paces a la espera de ir con Friedrich para pasar unas semanas los tres juntos. Al llegar, Elisabeth se dio cuenta enseguida de que su hermano estaba enamorado de ella, así que, mientras Lou se instalaba en su habitación, le puso al corriente de lo sucedido en Bayreuth. Nietzsche preguntó a Lou por qué lo había hecho, sin tener en cuenta lo que le había contado sobre su relación con Wagner. Lou le contestó que él no tenía derecho a elegir sus amistades por ella y que su pelea con Wagner no le importaba. No obstante, olvidaron sus desavenencias y se aprestaron a disfrutar de la estancia. Estudiaron, conversaron y Lou aprendió mucho. Bastaba una palabra de uno de ellos para que el otro supiera todo lo que iba a decirle.

Contaba posteriormente Nietzsche, en una carta a su amigo Overbeck:

> Desde luego, lo más valioso que he hecho este verano han sido mis conversaciones con Lou. Nuestras inteligencias y nuestros gustos están profundamente emparentados... Y, por otra parte, es tanto lo que entraban las contradicciones, que cada uno se convierte para el otro en el más instructivo objeto-sujeto de observación. Todavía no he conocido a nadie que sepa extraer tal cantidad de ideas objetivas de sus experiencias, nadie que sepa sacar tanto jugo de todo lo aprendido

Lou le enseñó sus poemas y Nietzsche le ofreció consejos sobre cómo escribir con mejor estilo. Uno de los poemas era el “Himno a la vida”, que regaló a Nietzsche a

modo de despedida y al que éste posteriormente puso música. Bastante más tarde, en 1887, consiguió que su amigo Peter Gast lo adaptara para coro y orquesta.

Himno a la vida

¡Sin duda un amigo quiere a su amigo
como yo te amo a ti, vida llena de enigmas!
Lo mismo si me has hecho gritar de gozo que llorar,
lo mismo si me has dado sufrimiento que placer,
yo te amo con tu felicidad y tu aflicción:
y si es necesario que me aniquiles,
me arrancaré de tus brazos con dolor,
como se arranca el amigo del pecho de su amigo.
Con todas mis fuerzas te abrazo:
¡deja que tu llama encienda mi espíritu
y que, en el ardor de la lucha,
encuentre yo la solución al enigma de tu ser!
¡Pensar y vivir durante milenios
arroja plenamente tu contenido!
Si ya no te queda ninguna felicidad que darme,
bien ¡Aún tienes tu sufrimiento!

Fue una vida idílica para ella, excepto por los momentos en que Nietzsche le hablaba mal de Rée, llamándole cobarde. Sabía que trataba de indisponerla con él, y eso la irritaba, si bien es cierto que Rée también intentó por todos los medios que Lou se quedara sólo con él. En otras ocasiones era excesivamente atento con ella, como si albergara ciertas esperanzas respecto al matrimonio que él le había propuesto. Por otra parte, la actitud de Elisabeth sin duda iba a influir en la posterior decisión de Lou. Durante todo este tiempo, ella llevó un diario epistolar que iba enviando a Rée, para que éste se mantuviera informado de todo y no tuviera tantos celos.

Nietzsche sabía que contaba con la hostilidad de Elisabeth. Si se decantaba por Lou, corría el riesgo de perder a su hermana. Al final se decidió por Lou, algo que su hermana nunca le perdonó. Elisabeth se escandalizaba de la conducta de los dos: hacían como si ella no existiera, hablaban de todo con el mayor descaro y conversaban en su habitación hasta altas horas de la noche.
Nietzsche escribió a Malwida:

> Lou está ahora unida a mí por una firme amistad, tan firme como una amistad puede establecerse en la tierra; desde hace largo tiempo no he hecho mejor adquisición. Estoy de veras, extraordinariamente agradecido a usted y a Rée por haberme prestado aquí su ayuda (…) Deseo tener en ella una discípula y, si mi vida no se mantuviera a la larga, una heredera y alguien que siguiera pensando mi pensamiento.

Una vez finalizadas las vacaciones con Lou, Nietzsche escribió a Franz Overbeck:

> Lo más provechoso de todo lo que este verano he hecho han sido mis conversaciones con Lou. Nuestras inteligencias y gustos son profundamente afines, mientras que, de otra parte, hay entre nosotros tantas oposiciones que somos, el uno para el otro, los más instructivos objeto y sujeto de observación. No he conocido todavía a nadie que sepa extraer de sus experiencias tal cantidad de ideas objetivas, nadie que acierte a deducir tanto de lo aprendido (…)
> Tautenburg le ha dado un objetivo a Lou. Al marcharse me dejó una poesía impresionante: “Himno a la vida”.
> Desgraciadamente, mi hermana se ha convertido en una enemiga mortal de Lou; ha estado llena de indignación moral desde el principio hasta el fin, y afirma que ahora ya sabe cuál es el sentido de mi filosofía. Ha escrito a mi madre diciéndole que en Tautenburg ha visto mi filosofía aplicada a la vida, y ha quedado aterrorizada (…) Hay una verdadera ruptura entre nosotros.

Cuenta Lou en sus memorias sobre su estancia con Nietzsche en Tautenburg:

> Desde Bayreuth quedó planeada una convivencia de varias semanas entre Nietzsche y yo en Turingia -Tautenburg bei Dornburg-, donde vine por casualidad a vivir en una casa cuyo huésped, el predicador del lugar resultó ser un antiguo discípulo de mi principal profesor en Zurich, Alois Biederman. Parece que al comienzo hubo algunas disputas entre Nietzsche y yo, con motivo de toda clase de habladurías, que hasta el día de hoy me siguen resultando incomprensibles porque no se compadecían con ninguna especie de realidad, y de las cuales también pronto nos deshicimos para gozar abundantemente de la compañía mutua, dejando en lo posible de lado a molestos terceros. Aquí tuve ocasión de adentrarme en el círculo de los pensamientos de Nietzsche mucho más profundamente de lo que me había sido posible en Roma o durante el camino: yo no conocía todavía nada de sus obras, aparte de la Gaya Ciencia, que aún tenía en su último estadio de elaboración y de la cual ya nos había leído en Roma: en las conversaciones de esta especie Nietzsche y Rée se arrebataban las palabras de la boca, hacía tiempo que pertenecían a la misma tendencia espiritual, o en todo caso desde que Nietzsche se había distanciado de Wagner. La predilección por el modo de trabajo aforístico -a la que Nietzsche se veía obligado por su enfermedad y su forma de vida- le había sido propia desde un comienzo a Paul Rée; siempre andaba con un Larochefoucauld o un La Bruyère en el bolsillo, de la misma manera como, desde su primera obra, Sobre la vanidad, permaneció siempre del mismo espíritu. Pero en Nietzsche era posible sentir ya lo que había de llevarlo más allá de sus colecciones de aforismos y hacia el Zaratustra: el profundo movimiento de Nietzsche el buscador de Dios, que venía de la religión e iba hacia la profecía de la religión.
>
> En una de mis cartas a Paul Rée desde Tautenburg la del 18 de agosto, ya puede leerse: "Muy al comienzo de mi relación con Nietzsche le escribí a Malwida que éste era una naturaleza religiosa, despertando con ello la más

> fuerte resistencia de su parte. Veremos el día en que se presente como heraldo de una nueva religión, y será entonces una religión que reclute héroes como discípulos. Cuán igual pensamos y sentimos al respeto, y cómo nos quitábamos cabalmente las palabras y los pensamientos de la boca. Literalmente nos matamos hablando estas tres semanas, y lo notable es que, de pronto, él soporta ahora charlar cerca de diez horas al día".

Nietzsche no sólo veía en Lou a una posible esposa, sino también a una posible discípula, una persona que le ayudara a difundir sus teorías. Por su parte, el propósito de Lou era exclusivamente aprender.

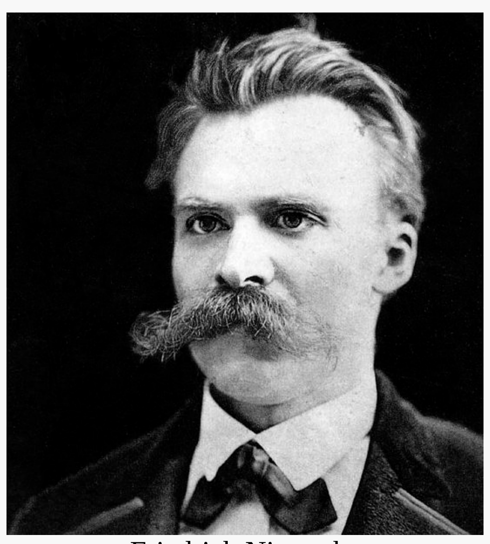
> En estas tres semanas hemos conversado hasta el agotamiento; curiosamente él aguanta ahora cerca de diez horas diarias de charla. En nuestras veladas, cuando la lámpara, vendada como un inválido con un paño rojo para que no dañe sus pobres ojos, arroja sólo un débil resplandor por el cuarto, siempre llegamos a hablar de trabajos en común. Sorprendente que en nuestras conversaciones aboquemos involuntariamente al borde de abismos, a aquellos lugares de vértigo adonde alguna vez se ha subido en solitario para mirar desde allí a lo profundo.

De Tautenburg, Lou se fue a Berlín, donde la esperaba Rée, para quien no fue agradable que hubiera pasado todo un mes con Nietzsche. En cuanto a los hermanos Nietzsche, al marcharse Lou, Elisabeth descargó todo su enfado diciéndole que la había tratado mal. Escribió a su madre para asegurarle que no volvería a casa mientras su hermano estuviera allí, ya que había caído en las manos de una perdida y había manchado el buen nombre de la familia. La madre quedó asombrada y declaró que el asunto era una vergüenza. Nietzsche respondió marchándose de Naumburg y jurando no volver más. Se trasladó a Leipzig, donde debía reunirse con Lou y Paul. Allí esperó con ansiedad la llegada de sus amigos, pero fue en vano. Escribió varias

veces a Lou para que le dijera cuándo se encontrarían y dónde vivirían, pero Lou no contestaba a estas preguntas. Ella ya dudaba de que fuera aconsejable convivir con Nietzsche. Al final, Paul y Lou fueron a Leipzig, pero Nietzsche ya advertía que se trataban con gran confianza, ante lo cual trató de atraerse a Lou introduciéndola en los misterios de su nueva filosofía. Sin embargo, Lou no podía seguirle, ya que todo le parecía demasiado místico. Rée se alegraba de que Lou se apartara cada vez más de Nietzsche. Ideó el plan de ir con Lou a Stibbe, supuestamente para después reunirse con Nietzsche en París, lugar donde vivirían los tres. La idea era no volver a escribirle, con lo que se daría cuenta de que ellos no irían a su encuentro. Era la solución que a Paul le parecía menos dolorosa para todos.

Escribe Lou sobre la decisión de no vivir con Nietzsche:

> Volvimos una vez más a reunirnos con Nietzsche en Leipzig en octubre, por tres semanas. Ninguno de nosotros presentía que sería la última vez. Y sin embargo ya no era como al comienzo, aunque seguían firmes nuestros deseos de un futuro común para los tres. Si he de preguntarme qué es lo que, antes que nada, comenzó a afectar mi disposición interior para con Nietzsche, diré que fue la acumulación creciente, por parte suya, de insinuaciones destinadas a perjudicar a Paul Rée ante mis ojos, y el asombro, también, de que pudiese tener este método por efectivo.



Friedrich Nietzsche

La dolorosa ruptura

Nietzsche percibía el distanciamiento de Lou, ante lo cual criticaba a Rée a la menor oportunidad, llamándole cobarde, burgués y mediocre. En cambio, a su lado, Lou conocería los misterios de la vida. El primer domingo de noviembre, Lou y Paul se marcharon y Nietzsche presentía que no volvería a verlos. Durante la espera de las semanas siguientes pensó que se volvería loco. Su primera reacción fue esconderse, no soportaba ver a nadie. Hasta fin de año siguió esperando que todo se arreglara, mientras Lou y Paul vivían en Berlín sin tener intención de invitarle. Mientras tanto, Nietzsche les escribía lamentándose por no poder estar con ellos.

> Esta tarde tomaré opio hasta perder la razón. No se inquieten demasiado por los arrebatos de mis delirios de grandeza o de mi vanidad herida: y si por casualidad yo mismo alguna vez hubiera de quitarme la vida por dichos afectos, tampoco entonces habría demasiado por lo que llorar. ¡Qué les importa a ustedes, quiero decir a usted y a Lou, mis fantasías! Consideren muy mucho entre ustedes que al fin y al cabo soy ya prácticamente inquilino de un manicomio, enfermo de la cabeza, a quien la soledad ha desconcertado completamente.

Posteriormente, ante la ausencia de respuesta, les escribió para pedirles una explicación, que aclarasen la situación, pero la mayoría de las cartas dirigidas a Lou las interceptó Paul, con la intención de protegerla. El tono de las cartas de Nietzsche dirigida a los dos fue subiendo, hasta llegar al insulto.

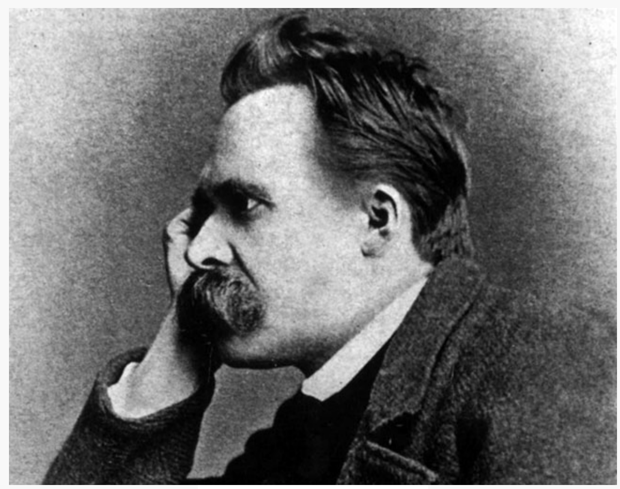
Así decía una de las cartas:

> Lou:
>
> Que yo sufra mucho carece de importancia comparado con el problema de que no seas capaz, mi querida Lou, de encontrarte a ti misma. Nunca he conocido a una persona más pobre que tú:

Ignorante pero con mucho ingenio
Capaz de aprovechar al máximo lo que conoce
Sin gusto, pero ignorante de esta carencia
Sincera y justa en minucias, por tozudez en general
En una escala mayor, en la actitud total hacia la vida:
Insincera
Sin la menor sensibilidad para dar o recibir
Carente de espíritu e incapaz de amar
En afectos, siempre enferma y al borde de la locura
Sin agradecimiento, sin vergüenza hacia sus benefactores…
En particular:
Nada fiable
De mal comportamiento
Grosera en cuestiones de honor
Un cerebro con incipientes indicios de alma
El carácter de un gato: un depredador disfrazado de animal doméstico
Nobleza como reminiscencia del trato con personas más nobles
Fuerte voluntad, pero no un gran objeto
Sin diligencia ni pureza
Sensualidad cruelmente desplazada
Egoísmo infantil como resultado de atrofia y retraso sexual
Sin amor por las personas, pero enamorada de Dios
Con necesidad de expansión
Astuta, llena de autodominio ante la sexualidad masculina.
Tuyo
F.N (Friedrich Nietzsche)

Nietzsche hablaba de suicidio y de que tomaba fuertes dosis de opio. Mientras tanto, su familia temía que estuviera haciendo una vida escandalosa junto a la tarasca rusa; no querían creer que Lou no sentía ninguna inclinación por Nietzsche. Los

comentarios de Lou en su diario nos dan una idea de la escasa importancia que concedió a todo el asunto; sólo habla de Rée y no menciona a Nietzsche. La siguiente reacción del filósofo fue llevar la soledad hasta el extremo, encontrar una forma de convertir toda esa basura en oro. Sólo podía salvarle un gigantesco acto creador. Y lo hizo encerrándose para escribir la primera parte de *Así habló Zaratustra*, que debe mucho a Lou, en consecuencia. "Me he alzado del abismo hasta las cumbres", decía a su amigo Overbeck. Trabajar en el Zaratustra fue una especie de cura; le ayudó a superar su desengaño y a distanciarse de Lou. Por otra parte, en lo sucesivo, en sus escritos muchas veces hizo gala de una clara misoginia, cuando hacía algún comentario sobre las mujeres en general. Por ejemplo: "Cuando una mujer tiene virtudes masculinas, hay que huir de ella; si no las tiene, es ella quien huye" (*El ocaso de los ídolos*), o "En la venganza, como en el amor, la mujer es más bárbara que el hombre" (*Más allá del bien y del mal*).



Friedrich Nietzsche

La vida en común de Lou y Rée

Mientras tanto, Lou y Rée daban inicio a su vida en común en Berlín, una vida de estudio sin contacto carnal alguno ni esperanza de ningún tipo para él. Elisabeth, al enterarse, sintió satisfacción por la ruptura de su hermano y reclamó venganza. Dado que vivía en concubinato con Rée, había que dar parte a la policía prusiana. Puso en marcha una campaña de odio contra Lou que levantó gran revuelo. Apoyada por Malwida, que también se sentía indignada, envió violentas cartas a la familia de Lou

y a la madre de Rée. Ponía en evidencia la conducta inmoral de la joven y exigía su repatriación. La madre de Lou llamó a sus hijos para tomar una decisión. Por su parte, la madre de Rée pensó en quitar la pensión a su hijo. Una de las cartas de Lou fue a parar accidentalmente a manos de Nietzsche, quien con ello se enteró de que quien le había traicionado había sido Paul, no Lou, a la vez que su antiguo amigo calificaba su filosofía como la propia de un loco. Volvió a verse hundido en la miseria por culpa del odio de su hermana, que estaba decidida a castigar a Lou sin importarle que su propio hermano fuera víctima de la venganza. Lou, por su parte, contestó con gran serenidad a todos los ataques, no se dejó repatriar ni abandonó su modo de vida.

Mucho más tarde, en sus memorias, escribiría sobre este episodio:

> Sólo después de nuestra despedida en Leipzig se desataron igualmente los ataques contra mi persona, reproches cargados de odio de los cuales yo sólo llegué a conocer una carta precursora. Lo que después siguió parecía contradecir de tal manera la esencia y la dignidad de Nietzsche, que sólo puede ser adscrito a la influencia ajena. Así por ejemplo, cuando nos hacía a Rée y a mi objeto de sospechas cuya falta de fundamento él conocía mejor que nadie. Pero parece ser que lo más odioso de este período me fue simplemente disimulado por los cuidados de Paul Rée, cosa que no supe sino muchos años más tarde; incluso parece que hubo cartas de Nietzsche a mí persona que no me llegaron jamás, ahorrándome improperios que me habrían resultado incomprensibles. Y no sólo esto: Paul Rée me ocultó también el hecho de hasta qué punto las calumnias que circulaban habían soliviantado contra mí también a su familia, hasta el extremo de que ésta me odiaba, en lo cual, es verdad, tenía especialmente que ver la disposición enfermizamente celosa de la madre, cuyo deseo era retener al hijo para sí sola.
>
> Posteriormente yo misma seguí conmigo el método de Paul Rée: mantenerme alejada de todo el asunto, no leer nada más al respecto y no

> ocuparme ni de los ataques de la casa Nietzsche ni, en general, de la literatura sobre Nietzsche después de su muerte. Mi libro *Friedrich Nietzsche en sus obras* lo escribí todavía completamente sin prevención, motivada tan sólo por el hecho de que con su acceso a la fama, se habían apoderado de él demasiados adolescentes literatos que no lo entendían; a mí misma la imagen espiritual de Nietzsche se me había revelado en sus obras, pero sólo después de nuestro trato personal; mi intención no fue otra sino comprender la figura de Nietzsche a partir de estas impresiones objetivas. Y tal como se me reveló su imagen en la pura fiesta retrospectiva de lo personal, tenía que seguir ante mis ojos.

Lou pensaba que se trataba de su propia vida; todo lo demás carecía de importancia para ella. Lo que aprendió de este episodio fue la fragilidad de la mente de un creador como Nietzsche, lo cual fue una de las razones por las que posteriormente se dedicó al psicoanálisis. También fue él quien la impulsó a escribir. Lou siempre mantuvo un profundo respeto por el pensamiento de nuestro filósofo:

> Nietzsche es, con seguridad, uno de los hombres más ricos, inquietantes y misteriosos que jamás han existido. De modo inesperado sigue obrando desde la oscuridad, de forma que casi sentimos que incluso desde la oscuridad de la misteriosa celda del manicomio, su espíritu nos observa de nuevo a través de sus libros, aunque sea con una mueca gigantesca.



Lou Salomé

Por otra parte, gracias a lo que aprendió de Nietzsche, posteriormente, en 1894, mientras el filósofo permanecía ajeno a este mundo después de su derrumbe mental, publicó un libro sobre su pensamiento que se unió al interés que por entonces se estaba despertando por su figura, *Friedrich Nietzsche en sus obras*. El libro fue muy criticado por los amigos y parientes del filósofo, ya que se estaba aprovechando de su antigua relación con él, por no hablar de la forma en que terminó la relación.

Esta es la descripción que Lou hace de Nietzsche:

> Lo que fascinaba en la figura de Nietzsche era aquella primera y poderosa impresión que suscitaba ese misterio, la sospecha de una callada soledad. Al contemplador fugaz no se le ofrecía ningún detalle llamativo. Aquel varón de estatura media; vestido de manera muy sencilla pero también muy cuidadosa, con sus rasgos sosegados y el cabello castaño peinado hacia atrás con sencillez, fácilmente podía pasar inadvertido. Las finas y extraordinariamente expresivas líneas de su boca quedaban recubiertas casi del todo por un gran bigote caído hacia delante; tenía una risa suave, un modo quedo de hablar y una cautelosa y pensativa forma de caminar, inclinando un poco los hombros hacia delante; era difícil imaginarse a aquella figura en medio de una multitud, tenía el sello del apartamiento, de la soledad. Incomparablemente bellas y noblemente formadas, de modo que atraían hacia sí la vista sin querer, eran en Nietzsche las manos, de las que él mismo creía que delataban su espíritu. En *Más allá del bien y del mal* se halla a este respecto una observación muy acertada: "hay hombres que inevitablemente tienen espíritu, por mucho que quieran andarse con rodeos y pretextos y pretendan cubrir con las manos sus ojos delatores… (¡como si la mano no fuese delatora!)".
>
> Similar importancia concedía a los oídos muy pequeños y modelados con finura, de los que decía que eran los verdaderos "oídos para cosas no oídas". Un lenguaje auténticamente delator hablaban también sus ojos. Siendo medio ciegos, no tenían, sin embargo, nada de ese estar acechando,

de ese parpadeo, de esa no querida impertinencia que aparece en muchos miopes; antes bien, parecían ser guardianes y conservadores de tesoros propios, de mudos secretos, que por ninguna mirada no invitada debían ser rozados. La deficiente visión daba a sus rasgos un tipo muy especial de encanto, debido a que, en lugar de reflejar impresiones cambiantes, externas, reproducían sólo aquello que cruzaba por su interior. Esos ojos penetraban en la intimidad, y a la vez, mucho más allá de los objetos cercanos en la lejanía, o mejor: tanto en lo más próximo como en lo más lejano. Pues, en definitiva, todo su trabajo como pensador no era sino una exploración del alma humana en busca de mundos aún por descubrir, de sus posibilidades aún no apuradas que nacen y perecen sin cesar. Cuando se mostraba como era, en el hechizo de una conversación entre dos que lo excitase, entones podía aparecer y desaparecer en sus ojos una conmovedora luminosidad: mas cuando su estado de ánimo era sombrío, entonces la soledad hablaba en ellos de una manera tétrica, casi amenazadora, como si viniera de profundidades inquietantes, de esas profundidades en las que se hallaba siempre solo, que no podía compartir con nadie, frente a las que él mismo se sentía a menudo sobrecogido de terror y en las que finalmente no naufragó su espíritu.

Una impresión similar de misterio y secreto provocaba también el comportamiento de Nietzsche. En la vida normal era de una gran cortesía y de una suavidad casi femenina, de una constante y benévola ecuanimidad; le agradaban las formas elegantes en el trato social y les concedía gran estima. No obstante, siempre residía en ello cierto goce en el disfraz; abrigo y máscara para una vida interior que casi nunca descubría. Recuerdo que, conocí a Nietzsche por primera vez, fue un día de primavera, en la basílica de San Pedro, en Roma, durante los primeros minutos me chocó y me confundió en él esa rebuscada formalidad. Pero poco duraba el engaño en ese solitario que portaba su máscara con tanta torpeza, a semejanza de aquel que llega del desierto y la montaña y se viste con el traje del hombre

> de mundo; enseguida aflora la pregunta que el mismo formuló con estas palabras: “de todo lo que un hombre deja traslucir podemos preguntar, ¿qué ocultará?, ¿de qué pretenderá desviar la mirada?, ¿qué prejuicio le animará? Y aún más, ¿hasta dónde llegará la sutileza de ese disimulo?, ¿qué equivoco desea provocar con ello?”.
>
> Este rasgo revela únicamente el reverso de la soledad desde la que debe comprenderse toda la vida interior de Nietzsche, de un perpetuo aislamiento y un ensimismamiento excesivo (…)
>
> Esta soledad intima, este aislamiento, constituye en todas las transformaciones de Nietzsche el marco invariable desde el que su imagen nos observa. Se halle disfrazado de un modo u otro, siempre lleva consigo, dondequiera que vaya, el desierto y la sagrada e inaccesible región fronteriza (…)
>
> Ahora bien, el motivo obligatorio de transformar ese aislamiento interno en una soledad exterior tan completa como fuera posible se lo ofreció en principio su sufrimiento corporal, que lo alejó de las personas e incluso sólo con grandes interrupciones hacía posible la relación con sus amigos, que se trataba siempre de una rara relación entre dos.
>
> Así pues, sufrimiento y soledad son los dos grandes rasgos fatales en la historia de la evolución de Nietzsche, más marcados cuanto más cerca nos hallamos del final; y, hasta ahí ostentan ambos un extraño doble aspecto, un exterior dado, exento de vida, y a la vez, algo así como una necesidad interior querida, condicionada de manera puramente psicológica.

Un interesante pasaje del libro de Lou sobre la obra de Nietzsche:

> La idea del eterno retorno, en la que finalmente quedara absolutamente demostrada la completa fusión del filósofo con la quintaesencia de la vida, fue transformándose, cada vez más y más en los últimos años, en el centro místico en torno al cual el pensamiento de Nietzsche giraba estrechándose de manera constante, como si se tratara de un centro mágico.

Desde principios de 1883, Lou y Rée vivieron en Berlín cinco años como pareja amistosa. En aquella época ella aprendió mucho y se codeó con lo más selecto de la intelectualidad de esa ciudad, sin importarle las habladurías de la gente. Lou no estaba enamorada de Paul y ni siquiera le gustaba, pero tenía que demostrarle constantemente que se sentía espiritualmente compenetrado con él para compensar el complejo de inferioridad de su compañero. Todos admiraban la fuerza de carácter de Lou, su desdén hacia las costumbres burguesas y su confianza en sí misma; la llamaban “Su Excelencia”. Mientras tanto, Rée tenía que ser testigo de todos los hombres que hacían la corte a Lou, entre ellos Ferdinand Tönnies y Hermann Ebbinghaus; pero se esforzaba en no mostrarse celoso si Lou daba muestras de estimación hacia otros. Exteriormente, la convivencia de los dos parecía feliz.

En cuanto a las presiones de su familia para que volviera a Rusia, la pareja llegó a la conclusión de que escribir un libro sería una buena forma de convencer a la familia de que Lou era independiente. Con ese propósito se trasladaron al balneario austríaco de Gries-Meran, donde Lou escribió su novela psicológica *En lucha por Dios*, y Rée su tratado filosófico *La formación de la conciencia*. Lou la publicó con un seudónimo masculino, Henry Lou. Por su parte, el objetivo de Rée era, gracias al libro, poder dar clase de filosofía en la universidad; sin embargo, no fue bien aceptado. En cambio, Lou obtuvo un rápido éxito. Esta frustración llevó a Paul a abandonar sus esperanzas de ser profesor y decidió estudiar medicina para ayudar a los pobres, dado que seguía disponiendo de la pensión que le pasaba su familia. Comenzó a separarse de Lou para vivir cerca de la universidad, de modo que sólo la veía los fines de semana. Era un buen pretexto para alejarse progresivamente de una mujer que nunca iba a ser suya.

El matrimonio de Lou con Andreas

Así estaban las cosas cuando Lou conoció a Carl Friedrich Andreas, profesor de lenguas orientales. Éste se volvió loco de amor por ella y amenazó con suicidarse si no se casaba con él. Lou al final accedió, pero la boda fue oficiada por el omnipresente Gillot y con la condición de que nunca sería carnalmente suya. En

efecto, no sentía ninguna atracción por un hombre más bajo que ella, de espesa barba y quince años mayor. Él intentó poseerla repetidas veces, pero sin éxito; de hecho, los primeros años de convivencia fueron un infierno. Una noche se echó sobre Lou mientras dormía; instintivamente, ella apretó su cuello con las manos, hasta casi asfixiarle.



Lou y Andreas

Si algún hombre se acercaba a Lou, Andreas amenazaba con asesinarles a los dos. Pasado un tiempo con mucha tensión, tras muchas discusiones y peleas llegaron a una especie de acuerdo por el que ella permanecería ligada a él exteriormente, pero en su interior quedaba libre para amar a quien deseara. Permanecieron casados hasta la muerte de Andreas, en 1930. Lou nunca fue suya, pero también es cierto que nunca llegó a perderla. De hecho, ella, después de sus escarceos amorosos volvía al hogar familiar en busca de consuelo.

En realidad, Lou tardó mucho en conocer el amor. Fue en una fecha tan tardía como 1895, con treinta y cuatro años, y el afortunado fue el doctor Friedrich Pineles. Tres años después se hizo amante del poeta Rainer Maria Rilke, catorce años menor que ella, una relación que duró tres años. En 1911 conoció a Freud y decidió dedicarse al psicoanálisis, ámbito en el que tuvo mucho éxito. Como psicoanalista y escritora pasó el resto de su vida, hasta que murió el 5 de febrero de 1937.

En lo que respecta a Rée, abandonó a Lou cuando ésta se comprometió con Andreas: una noche se fue de la casa que compartían y nunca volvió a verle. Dedicó su vida a

la práctica de la medicina de forma desinteresada, ocupación con la que encontró sentido a su vida. Sin embargo, siguió siendo una persona melancólica y ahora había perdido a la que para él debió ser la mujer de su vida. Muchos años después, en 1901, encontraron su cuerpo inerte, después de haberse despeñado cerca del lugar donde años atrás había tenido sus momentos más felices junto a Lou. Nunca se supo si la muerte fue debida a un accidente o si se trató de un suicidio.

Los últimos años de Nietzsche

En cuanto a Nietzsche, como ya hemos dicho, después del intento frustrado de relación con Lou, comenzó a escribir su *Así habló Zaratustra*, que marcó el giro definitivo en su pensamiento. En los años siguientes fue empeorando su salud, sus fuertes jaquecas, mareos y náuseas se fueron haciendo más fuertes y frecuentes, lo cual no fue óbice para que fuera su época más productiva. Siguió buscando climas benignos para sus enfermedades y fue asiduo de Sils Maria (Suiza), Génova, Rapallo y Turín (Italia) y Niza (Francia), entre otros lugares. Ya reconciliado con su hermana y su madre, a veces las visitaba en el hogar familiar de Naumburg.

Terminó de escribir *Así habló Zaratustra* en 1885, y al año siguiente publicó *Más allá del bien y del mal*. En los años siguientes escribió *La genealogía de la moral*, *El caso Wagner*, *Nietzsche contra Wagner*, *El crepúsculo de los ídolos*, *El anticristo*, *Ecce homo* y la colección de aforismos que fueron publicados por su hermana en 1901, después de su muerte, con el título *La voluntad de poder*.

A finales de 1888 su conducta se fue haciendo más extravagante y escribía cartas dirigidas a personajes famosos firmando como “el Anticristo”, “Dionisos” o “el Redentor”. El 3 de enero de 1889, mientras reside en Turín, ve en una plaza cómo un cochero golpea a un caballo que no hace caso de sus órdenes. Impresionado por la escena, Nietzsche recrimina al cochero y abraza al animal entre sollozos, pidiéndole perdón en nombre de la humanidad: fue el momento del inevitable colapso que se veía venir desde hacía tiempo. Al principio le detienen por escándalo público, pero enseguida le liberan y escribe breves cartas a algunos amigos, incluidos Cósima Wagner y Jacob Burckhardt, en las que mostraba signos de demencia y megalomanía.

Ante los claros indicios de locura, su amigo Overbeck viaja a Turín para llevárselo con él e ingresarlo en una clínica psiquiátrica de Basilea. Poco después, su madre decide ingresarle en una clínica de Jena, bajo la dirección de Otto Binswanger. A finales de 1889, es el doctor Julius Langben quien intenta curarle, pero Franziska, su madre, cree que todo es inútil y en mayo de 1890 se lo lleva a su casa para tenerle bajo sus cuidados.

En 1893 vuelve al hogar familiar Elisabeth Nietzsche, que había estado casada con el antisemita Bernard Förster, quien fundó una colonia aria en Paraguay y posteriormente se suicidó ante el fracaso de su proyecto. Lee los escritos de su hermano y decide tomar el control de los mismos. Después de la muerte de la madre, en 1897, Elisabeth se hace cargo de su hermano en su casa de Weimer, donde deja que la gente visite a quien ya comienza a convertirse en una leyenda y en un pensador de gran prestigio. El 25 de agosto de 1900, Nietzsche muere a causa de una neumonía.

El diagnóstico de la enfermedad que le dejó demente durante los once últimos años de su vida fue parálisis general progresiva; la medicina de aquella época no estaba lo suficientemente avanzada como para diagnosticar el tipo de demencia que le aquejaba. Pudo deberse a los mismos problemas que padeció toda su vida, sin olvidar que su padre había muerte muy joven debido a una degeneración cerebral que bien pudo ser hereditaria. Hay comentaristas que afirman que todo se debió a una neurosífilis, por haber contraído esa enfermedad de transmisión sexual cuando era joven; pero los síntomas de su enajenación no se corresponde con los de la neurosífilis. El filósofo del martillo, el anticristo, fue siempre un enigma, y por eso mismo su filosofía está abierta a muy diversas interpretaciones.



Nietzsche, ya demente, junto a su hermana

Bibliografía

- Correspondencia de Friedrich Nietzsche.

- Diethe, Calor, *Nietzsche's Women: Beyond the Whip*. Walter de Gruyter & Co.

- *Friedrich Nietzsche, Lou van Salome, Paul Rée. Documentos de un encuentro,* Editorial Laertes.

- García Palacios, Iván Rodrigo, "Crónica del enamoramiento de Nietzsche por Lou Andreas Salomé" (http://ivanrodrigogarciapalacios.blogspot.com.es/2010/03/cronica-del-enamoramiento-de-nietzsche.html).

- García Pardo, Pilar. Tesis doctoral: Vida y obra de Lou Andreas Salomé: Una aportación al estudio psicoanalítico de la feminidad. Universidad Complutense de Madrid, 2009.

- Janz, Curt Paul, *Friedrich Nietzsche*. Alianza Editorial.

- Nietzsche, Elisabeth, *Friedrich Nietzsche und die Frauen seiner Zeit*. C. H. Becksche Verlagsbuchhandlung.

- Peters, H. F., *Lou Andreas-Salomé, mi hermana, mi esposa: Una biografía*. Paidós Ibérica.

- Salomé, Lou, *Friedrich Nietzsche en sus obras*. Editorial Minúscula.

- Salomé, Lou, *Mirada retrospectiva: compendio de algunos recuerdos de la vida*. Alianza Editorial.